

Title	Sobre Ettore Gelpi(II Hommage a Ettore Gelpi, Part 1 Memorial Articles for Ettore Gelpi)
Author(s)	Villegas Ramos, Emilio Luis Lucio
Citation	Lifelong education and libraries (2003), 3: 75-76
Issue Date	2003-06
URL	<a href="http://hdl.handle.net/2433/43649">http://hdl.handle.net/2433/43649</a>
Right	
Type	Departmental Bulletin Paper
Textversion	publisher

## Sobre Ettore Gelpi

(Una especie de homenaje narrado a partir de dos historias)

No recuerdo en que día, en que fecha, en que año, que día de la semana era cuando conocí a Ettore Gelpi. Es algo que se pierde en la bruma de la memoria. ¿Cuándo apareció aquel hombre tan grande, tan lleno de vida? ¿Qué día de la semana era? Desde luego fue mucho antes de que me encargara traducir - él o Manolo, tanto monta, monta tanto - "Educación experiencial: hoy y mañana", un texto original francés que llevo a otros lugares y que al final salió publicado haciendo constar que la traducción había sido realizada por mí.

Fue, evidentemente, antes de lo de Granada. En el año 92 ó 93, tampoco me acuerdo - esas cosas de la memoria selectiva, la verdad es que tampoco me interesa mucho acordarme, sólo por lo que voy a contar, y de eso si me acuerdo perfectamente. Bueno, pues fue en el año 1992 ó 1993 cuando alguien organizó en Granada un Congreso de Educación de Adultos - aunque a estos congresos habríá que llamarlos sobre educación de adultos, porque los adultos nunca están. Como yo estaba en pleno proceso opositor - coleccionando ridiculum, en feliz expresión de la querida Pepa Cabello - envié una comunicación. Pero tuve tan mala fortuna que la persona responsable de considerar que mi comunicación tenía valor científico - por cierto, no me consta que este personaje haya hecho en su vida una investigación - era alguien de quien yo había dicho públicamente que se aprovechaba del trabajo de los demás y ponía su nombre en cosas que no había escrito. Es evidente que no me admitieron la comunicación.

Habían invitado a Ettore a dar la conferencia inaugural y alguien, algún amigo de esos que uno tiene por el mundo, le contó lo que había pasado con mi comunicación.

Un inciso: los personajes que aspiran a ser siniestros son sólo torpes, y a esas alturas del Congreso ya todo el mundo sabía todo lo que había que saber.

Bueno, vuelvo a mi historia, de la que sólo sé lo que me contaron. Claro, no estaba allí porque el personaje con aspiraciones de siniestro no me había admitido la comunicación, y uno tiene su orgullo. Lo que me contaron fue que Ettore pidió mi comunicación para leerla en lugar de su conferencia. Como no la habían admitido no la tenía nadie, así que, ni corto ni perezoso, según me contaron luego, dijo que qué Congreso era ese en el que a investigadores que trabajaban con personas adultas se les había vetado. Creo que nunca le di ni la comunicación ni las gracias. Creo que la comunicación le hubiera gustado, porque hablaba de lo que creo que más le interesaba: de la gente, de cómo eran, de cuales eran esos problemas nimios que hacen grandes a las personas cuando saben expresarlos. En el fondo hablaba de

cómo la educación de adultos ayuda a las personas a expresar sus problemas, sus ilusiones, a ser más felices.

La última vez que lo vi, en Sevilla, cuando le invité para que estuviera en el Master de Educación de Adultos, le regalé un libro. Esa misma noche o a la mañana siguiente - tampoco aquí importa mucho el tiempo - desbarato todo lo que había escrito, porque era incoherente con mi pensamiento ¡Vaya! Este hombre lo lee todo. Creo que mi famosa comunicación de Granada le hubiera gustado más. Desde luego era más coherente.

No quiero que estas líneas se conviertan en un panegírico. Ni siquiera que sean muchas líneas. Por tanto, voy a terminar contando otra historia - como si fuéramos amigos que al calor de una chimenea se cuentan historias sobre otros amigos - . Esta historia tiene que ver con lo que nunca comprendí bien hasta que aprendí porque era. Si la anterior se podía titular la historia de Granada, esta podría llamarse algo así como lo que aprendí de Ettore Gelpi.

Siempre me sorprendí de que escribiera sus textos después de las sesiones. A mi mentalidad - bastante cuadriculada y a veces bastante académica - eso le chocaba sobre manera. ¡ Hombre! Pensaba, el material hay que escribirlo antes, aunque sea un borrador, y después, en todo caso se puje y se corrige. Pero no, él se sentaba al día siguiente y dictaba el texto referido a lo que había trabajado esa mañana o el día anterior.

Hace poco leí un libro de Miguel Escobar - un profesor colombiano de la UNAM en México - y me descubrió todo lo que planteaba sobre la Pedagogía de la Pregunta, frente a la Pedagogía de la Respuesta. Entonces comprendí y aprendí ¡Claro! Lo que Ettore hacía era escuchar a la gente, preguntarle, cuestionarse con ellos la realidad y después elaborar colectivamente, interpretando - por supuesto esto es también una interpretación, nunca lo hablé con él - . Otro inciso: cuando uno cuenta historias o cuando uno recuerda siempre está interpretando lo que cree que pasó, o como cree que son las cosas. Yo creo que las cosas eran así y así las cuento.

Bien, pues Ettore interpretaba y construía a partir de las preguntas y las respuestas de la gente. Este proceso cíclico, que ahora comprendo, hace que tu discurso nunca sea magistral y cerrado, siempre esté abierto y creciendo, al mismo tiempo que creces con los demás.

Como ya he dicho que no quiero hacer un panegírico, acabaré con una anécdota y una afirmación. La anécdota es que el recuerdo que más claro tengo ahora en la cabeza de Ettore es en Mairena, en el mes de noviembre pasado, charlando con Fernando Duque sobre Aristófanes.

La afirmación es que mi otro recuerdo, es que cuando comprendí y aprendí, lo que aprendí de Ettore ha sido que algo de nuestro trabajo como maestros - no sé cuanto, pero sospecho que mucho - tiene que ver con escuchar a la gente para aprender todos.

**Emilio Luis Lucio-Villegas Ramos**

Sevilla, 25 de abril de 2002